

Francisca Benítez

# YO SOY DE AQUÍ Y SOY DE ALLÁ

1998 → (2007)  
20 AÑOS FUERA  
EN CHILE HABÍA UN  
CAMINO PREDESTINADO

ESA ERA LA SENCILLA-  
CIÓN" ... "VE EL ESTADO-NACIÓN  
TIENE MUY POCOS AÑOS"

Francisca está en su casa en Nueva York.  
Paulina y Lucía en Santiago.  
19 de agosto de 2018.

Desde mi temprana infancia  
Transcribí el mundo al papel  
con dibujos a granel  
trazados sin arrogancia  
desde mi tierna ignorancia  
fui creciendo lentamente  
floreciéndome la mente  
también el cuerpo y el alma  
y se los digo con calma  
yo soy artista de siempre

Y vivo en el barrio chino  
al centro 'e la gran manzana  
adicta a la vida urbana  
y al devenir colectivo  
con sus bemoles y trinos  
y su zumbido ambiental  
es mi sujeto habitual  
de trotamundo destino  
pero al final del camino  
mi tumba está en Pichingal

Estoy en mi taller y hace más calor que la cresta, estoy intentando sobrevivir al calor. Se podría freír un huevo sobre el asfalto de East Broadway. Así son los veranos aquí, calientes y húmedos. Lo que se habla en mi cuadra es una mezcla de fujianés, mandarín y cantonés. Inglés apenas. Español menos. El zumbido férreo periódico del metro pasando sobre el puente Manhattan. La banda fúnebre que bajo él despide a los muertos. Los tambores y timbales de los leones y dragones bailarines del loft del frente. Aquí me siento a gusto, este es mi hogar.

Aquí también padecemos de las precariedades características del capitalismo tardío desenfrenado. El mercado inmobiliario está destruyendo nuestro barrio, y a pesar de que hemos estado resistiendo, Chinatown y el Lower East Side como los conocemos están a punto de ser obliterados por rascacielos de lujo. Es muy probable que debido a esto en los próximos años la clase trabajadora de bajos ingresos sea desplazada, y con ello perdamos nuestro departamento-taller.

A veces me imagino volviendo a Pichingal, donde viví los primeros catorce años de mi vida. Es uno de los lugares más bellos que conozco, mis raíces ahí son profundas y la posibilidad de volver, real. Me gustaría estar más cerca de mi familia y en especial de mi mamá, ahora que enviudó y que la vejez nos alcanza. Pero también amo esta ciudad, este barrio y las comunidades de las que soy parte. “No soy de aquí, ni soy de allá” dice la canción de Facundo Cabral, pero me interpreta más cantarla “Yo soy de aquí y soy de allá”.

Desde 2015 que formo parte de la Coalición para la Protección de Chinatown & Lower East Side. En la actualidad nuestro trabajo se aboca por un plan local que limite el desarrollo inmobiliario de lujo a gran altura, promoviendo la producción de vivienda accesible a comunidades de bajos ingresos. Mi membresía y trabajo voluntario en estas organizaciones me ha permitido relacionarme con mis vecinos chinos, sorteando así la barrera de la lengua. Chinese Staff & Workers Association es una de las organizaciones clave de nuestra coalición y un crucial punto de encuentro. También estoy involucrada en la Coalición Nuevo Santuario

(New Sanctuary Coalition), una organización liderada por y para inmigrantes para detener el sistema inhumano de deportaciones y detenciones en este país. Ahí me encuentro hartos con la Ángeles Donoso. Ahora, especialmente con la administración del decrépito que tenemos en Estados Unidos, se está poniendo muy peluda la cosa, hitleresca. La Coalición Nuevo Santuario lleva a cabo clínicas para ayudar a llenar los formularios de petición de asilo y un sistema de acompañamientos a migrantes en los opacos procesos jurídicos y burocráticos. Como los casos de las personas migrantes son tratados por el departamento de Homeland Security, no del departamento de Justicia, les aplican otros protocolos, por ejemplo, si no pueden pagar un abogado, el Estado no les provee uno. Por eso es que se ha visto casos de niños representándose a sí mismos en la corte frente a un juez. Es necesario traer ojos ciudadanos al interior de la corte para velar por un proceso justo y apoyo emocional a refugiados en este laberinto kafkiano. Yo colaboro haciendo algunos acompañamientos.

Los primeros diez años que estuve acá como migrante mi principal forma de acción y expresión política era a través de mi trabajo como artista. A lo más asistía a alguna reunión de mi junta vecinal pero no mucho más que eso. Cuando se me acabó la visa de trabajo, con mi pareja de entonces decidimos casarnos y ahí postulé a la residencia. Después del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos aceleró su maquinaria de guerra, una particular nube de silencio cubrió el ambiente por años y empezamos a vivir más evidentemente bajo la mirada vigilante del Estado policial. De a poco me fui atreviendo a formar parte de acciones políticas en el espacio público: la marcha contra la guerra en Irak en 2003; acciones contra la convención republicana en Nueva York en 2005; y actos en apoyo a la primera campaña de Obama en 2008. Una vez que obtuve la ciudadanía en 2010, sentí un gran cambio. Un empoderamiento mayor, pasé de estar pidiendo permiso a simplemente estar. A moverme más libremente. A poder ir y venir. A tener voz y voto. Junto con el certificado de ciudadanía nos entregaron una



carta de Obama dándonos la bienvenida e invitándonos a participar en esta democracia. Cuando emergió Occupy Wall Street en 2011, participé sin temores de ser deportada, y luego en el 2015 me inscribí en el Partido Demócrata para poder votar en la primaria del 2016 por Bernie Sanders. Le tengo fe a la vía democrática. El problema es que esa vía está completamente capturada por el capitalismo. Creo que hay que desacoplar ese dúo enfermo. De a poco me he ido involucrando en los procesos democráticos de ambos países donde soy ciudadana. En Chile voto desde que el voto se hizo voluntario, en Estados Unidos voto en toda elección desde que recibí la ciudadanía y trabajo de intérprete inglés-español en mi local de votación. Al mismo tiempo me he involucrado con organizaciones comunitarias para participar más proactivamente en áreas de derechos humanos, planificación urbana, medio ambiente y control de armas.

Igual me parece altamente cuestionable esto del Estado-nación, no lo veo como un concepto anticolonial o postcolonial sino más bien “hypercolonial” en el sentido de que en nuestra era global vemos como es utilizado para continuar la vía extractiva desarrollada en la era colonial y como se transforma en un modo de, por un lado, impedir el movimiento de las personas, y por otro de facilitar el ágil movimiento y acumulación de capital. Perpetúa además carreras armamentistas capaces de aniquilar la vida en la Tierra y continúa perpetuando la doblegación de pueblos originarios. Sin embargo, no es un sistema del que nos podamos abstraer, “las luchas son largas y constantes, encuentra tu lugar en ellas” dijo Arundhati Roy (en una charla que dio en la New School en Nueva York en 2014) y le encuentro razón: cambiar este sistema extractivo capitalista, racista y patriarcal requerirá de esfuerzos de billones de personas a través del tiempo y el espacio, requerirá replantear nuestras formas de vivir, requerirá reconsiderar las existencias, resistencias y cosmovisiones de pueblos originarios, particularmente en este momento de crisis ecológica que estamos viviendo. Siento la responsabilidad como ser humano de ser parte de este cambio, de buscar activamente caminos posibles.

Como dije, crecí al final de un camino de tierra en el poblado rural de Pichingal, comuna de Molina, en la región del Maule. Me crié en una familia cariñosa y trabajadora, en contacto con la naturaleza y el arte. Ahora nos parece cerca pero en esa época estábamos bastante aislados. Cada vez que llegaban visitas era un gran acontecimiento y las recibíamos con todo un espectáculo. Recitábamos poemas, hacíamos teatro, bailes, cantos, y mi papá que era sordo hacía sus clásicos “mimos” tragicómicos. Mi mamá era profesora en la Alianza Francesa de Curicó, trabajó ahí como veinticinco años y gracias a ello mis hermanxs y yo estudiamos becados. Mi papá trabajaba en una empresa agrícola industrial en las áreas de producción de huevos y frutas. Con esfuerzo fueron criando una familia de seis hijxs, suplementando la economía familiar con la fabricación de mermeladas caseras, cría y venta de pavos,

producción frutal de pequeña escala. Pero más allá de mi infancia pichingalina, mi familia siempre fue bien patiperra, yo no soy la primera en moverme. Mi abuela materna era una mujer muy fuerte, se le murió su papá muy temprano, y tuvo que hacerse cargo de sus hermanxs. Empezó a trabajar de secretaria a los diecisiete años en la Municipalidad de Molina para ayudar a su mamá a mantener a la familia. Mi casa siempre fue bastante matriarcal, y eso viene de ella. Todxs sus hijxs partieron a vivir al extranjero en algún momento de sus vidas. Por el lado de mi papá, mi abuelo era doctor y mi abuela era un manantial artístico, gracias a su ecléctica biblioteca salí de mi estupor católico. Ese lado de la familia también era viajero, la única hermana de mi papá también partió a vivir en el extranjero. Incluso mis propios viejos se fueron a vivir a Nueva York apenas se casaron, en los setenta, pero decidieron volver a formar una familia en Chile, en el campo. Siento puro agradecimiento. Siempre fueron apoyadores, dándonos múltiples herramientas, mucha autonomía, y confiando en nuestras decisiones. Como parte de nuestra educación se propusieron enviar a cada hija e hijo al extranjero antes de cumplir los doce años. Como yo era la mayor me tocó primero, en 1985, cuando tenía diez años y cursaba sexto básico. Mi mamá me ofreció ausentarme tres meses del colegio y partir acompañando a mi abuela que iba de visita a donde sus hijxs (mis tías y tíos) que vivían en Nueva York y París y Padua. Ese viaje me abrió la cabeza y me la llenó de semillas. Ahí se empezó a gestar mi interés por la ciudad y la arquitectura, mis primeros impulsos feministas, mi primera mirada crítica a la Iglesia católica. La primera vez que vi que lo que sucedía en Chile no era lo que nos informaba la televisión chilena. La primera vez que oí hablar del SIDA. Fue mucho lo que aprendí en ese viaje, me acuerdo de esos tres meses con lujo de detalles. Volví a Chile y todo eso me quedó haciendo ruido en la cabeza, influenciando mis ideas e intereses.

Cuando tenía como catorce años, empezamos a vivir de lunes a viernes en Curicó. Ahí todxs los hermanxs empezamos a tener mucha más autonomía para hacer nuestros propios planes. Nos

íbamos caminando al colegio y participábamos en actividades extraprogramáticas varias. Fuimos parte de las selecciones de vólibol y básquetbol del colegio y viajamos por el país a diversos encuentros deportivos. Varixs nos acercamos a la música. Yo también estuve en clases de dibujo. Cuando estaba en segundo medio, con mi mamá organizamos un taller de arte infantil en nuestro vecindario y trabajamos juntas como profesoras de arte.

En Santiago solo viví seis años, del 92 al 98, durante los cuales estudié arquitectura en la Universidad de Chile. Esto coincidió además con la llegada de la democracia. Ahí sucedió mi primer proceso de politización. Nuestra generación se tomó la escuela exigiendo reformas a la educación, para que volviera a ser un derecho y no un negocio. Recuerdo que Daniel Jadue (actual alcalde de Recoleta) era uno de nuestros líderes estudiantiles. Fueron años maravillosos y me los pasé en la FAU (Facultad de Arquitectura y Urbanismo) y croqueando por la ciudad. A partir del cuarto año de arquitectura empecé simultáneamente a tomar clases de música y canto en Projazz y me uní a una banda de jazz que eventualmente llamamos Paraphernalia. Viví todos esos años con mi abuela, con quien había viajado de chica, y lo pasamos fantástico.

Durante esos años universitarios hice algunos viajes, la mayoría relacionados a mis estudios. El ELEA (Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Arquitectura) en San Pablo el 93, la UIA (Unión Internacional de Arquitectos) en Barcelona el 96. En quinto año hice mi seminario de investigación (en conjunto con Cristóbal Valenzuela y con la Dra. María Bertrand de profesora guía) sobre un sistema de vivienda social que apareció en los años setenta y ochenta en Nueva York llamado “Sweat Equity” (“Equidad del sudor”). El municipio tenía tantos edificios reposesidos que empezó a rematarlos de vuelta a privados. En ese momento comunidades de bajos ingresos se organizaron como cooperativas para comprar su edificio a precio módico comprometiendo su trabajo para repararlo. Viajé a Nueva York entonces a hacer nuestro estudio de campo. Conocí a Fernando Alarcón —un chileno que trabajaba

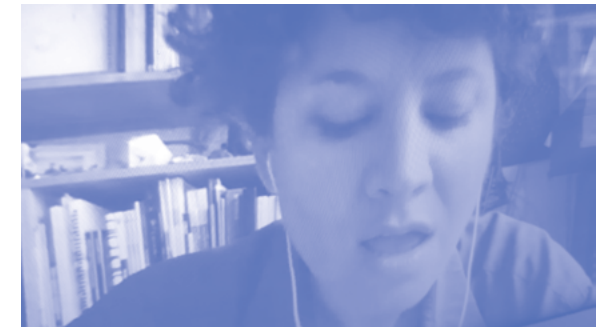
en UHAB, (Urban Homesteading Assistance Board) una ONG involucrada en estos procesos— y él me ayudó un montón con la investigación. Al comparar mis experiencias a través de esos viajes, empecé a pensar en Nueva York como una opción postitulación. A pesar de no hablar inglés, me pareció una ciudad excitante y a la vez acogedora. En sexto año, entre varios compañeros arrendamos un taller en la calle Mosquito para dedicarnos a nuestros proyectos de título, ese fue el clímax de mis estudios en todo sentido. Fue trabajo permanente y fiesta constante, profundización de amistad y un proyecto en el que pude hacer converger mi interés por la arquitectura y la música. Tuve un súper profesor guía, Ricardo Atanacio, que en paz descansa.

Después de titularme, en febrero de 1998 partí a Nueva York con ganas de aventura y pocas expectativas concretas. Mi madrina vivía aquí desde el año 68, ella es florista y me acogió a mi llegada. Empecé a trabajar como su asistente, y de a poco me fui encontrando varias peguitas: fui extra en una película, asistente de casting para un comercial, hice un poco de diseño gráfico, corrección de textos, un poco lo que cayera, mientras le mandaba mi escuálido CV a mis arquitectxs favoritxs en la ciudad, y obviamente no me pescaban. Mi tío es dentista y un día me dijo que fuera a interceptar a un arquitecto paciente suyo que tenía consulta al día siguiente. Él me propuso retrasarse en atenderlo para que yo aprovechara de mostrarle mi portafolio en la sala de espera, así lo hice y con mi paupérrimo inglés le expliqué lo que pude y él me dijo que sabía de alguien que buscaba contratar a una arquitecta que supiera dibujar a mano (fui parte de la última generación de arquitectxs pre-Autocad, dibujé todo a mano, incluido mi proyecto de título). Fui a la entrevista, la jefa me puso a prueba una semana, luego me contrató, y en unos meses sacamos mi visa de trabajo. En esa época también empecé a cantar en una *jam session* de jazz que sucedía todos los domingos en el loft de unxs amigxs en el barrio del Meat Market y ahí fue donde empezaron a florecer amistades, amor y colaboraciones artísticas. Así fui aprendiendo inglés, así me fui arraigando, enamorando, y así me fui quedando.

Creo que siempre he sido artista. Claro, estudié arquitectura, y si volviera a nacer creo que volvería a estudiar eso, es una disciplina que integra tantos saberes. A los diecisiete me pareció una vía amplia para entender a la humanidad. Siempre he tenido una afinidad con la espacialidad, con cómo ocupamos el espacio, pero más que nada, lo que más me interesa es la ciudad y su infinita problemática. Mientras trabajaba en la oficina de arquitectura me empezaron a llamar la atención algunos fenómenos urbanos y en lugar de hacer arquitectura preferí observar la arquitectura que me rodeaba, me fui encontrando con situaciones en que faltaba alguien haciendo el trabajo de registro. Ahí dejé la práctica profesional de la arquitectura y empecé haciendo un trabajo artístico en fotografía y video sobre las arquitecturas efímeras de uso ritual de la diáspora judía ortodoxa en Nueva York. Me sigue interesando el cómo vivimos juntxs en el espacio, sigo trabajando esos temas, a través de varios medios, más recientemente a través de la performance y la acción directa.

Algo que me frustra en Chile, es ese machismo profundo que lo permea todo. A pesar de que familiarmente no lo padecí mucho, en Chile es una cuestión estructural, que está en todas partes y creo que fue una de las motivaciones subyacentes para irme. Mi respeto y apoyo por el levantamiento que están haciendo las mujeres allí ahora y siempre. Me agobia el poder que aún tiene la religión sobre nuestras cuerpos y nuestra vida cívica, la polarización social y la falta de respeto a los pueblos originarios. A pesar de que no la sufrí en carne propia, también me afectan las heridas que dejó la dictadura. Haber crecido bajo el control de la información, con el modelo neoliberal aplicado a la fuerza en todos los aspectos de la vida bajo violencia militar. Cada vez que vuelvo a Chile me choca la privatización de los recursos públicos a todo nivel. Desde los malabares burocráticos que debe hacer un enfermo para conseguir atención médica, hasta la privatización del agua. Es muy raro porque una vive en las entrañas del capitalismo, Nueva York, en Estados Unidos, y aun así esto es más socialista que Chile.

Mi camino ha sido bastante azaroso: de una oficina de arquitectura pasé a dedicarme a mi propio trabajo como artista a la vez que trabajaba para otrxs en una gama de cosas. Al principio del milenio una experiencia formadora fue exponer y trabajar unos años en Storefront for Art and Architecture, luego en varios proyectos educacionales con CUP (Centro de Pedagogía Urbana), y después trabajé doce años como profesora de arte en centros comunitarios de vivienda pública de NYCHA (New York City Housing Authority, la institución federal-estatal-municipal que administra la vivienda pública en nuestra ciudad). En la ciudad de Nueva York aún tenemos vivienda pública administrada por el estado, que significa hogares a precio fuera de mercado para cuatrocientas mil personas. Lamentablemente están implementando procesos de privatización que auguran su desaparición; muchxs luchan para que no sea así. Ese es el mayor tiempo que he estado en una institución, y precisamente es una de esas instituciones del sistema social que están desmoronándose por sucesivos cortes de presupuesto y privatizaciones. Me tocó ver y experimentar ese desmoronamiento por dentro. Para mí ese trabajo fue determinante, me conectó profundamente con la realidad social de los barrios donde viví a lo largo de esos doce años. Era feliz haciendo arte con mis alumnxs, me permitió conocer y aprender de muchos colegas artistas que también trabajaban en el programa (entre ellxs, Felipe Mujica, Michelle Godwin, Rebecca Goyette), e hizo posible dedicarme a mi trabajo personal como artista por completo, sin preocuparme de su viabilidad económica, ya que con mi contrato anual con NYCHA podía cubrir el arriendo y necesidades básicas. Por ser un trabajo de medio tiempo también pude continuar mis estudios, y así fue como entre 2003 y 2007 cursé mi magíster en arte en Hunter College of the City University of New York. Como escuela se parecía a la Universidad de Chile, en el sentido de que era un lugar donde muchas corrientes de pensamiento se encuentran (a veces de manera frontal o con bastante fricción) en vez de imprimirle al alumno una particular corriente de pensamiento. También



se parecían a cómo encarnaban la precarización de la educación superior pública de los últimos cuarenta años. Ambas aun conservando muchos de sus edificios, pero hambrientas de recursos y con la matrícula cada día más cara. En 2015 NYCHA terminó su programa de arte en vivienda pública —¡que había funcionado desde los años ochenta!— y perdí mi tan querido trabajo.

Ahora llevo tres años siendo *freelancer*, es difícil y a la vez te desenfoca mucho, te lo pasas corriendo de un lado para otro, además los sueldos son cada vez más paupérrimos y las situaciones laborales cada vez más precarias. Esto me ha llevado a considerar la posibilidad de vender arte, cosa que ha empezado a suceder de a poco con el apoyo de Die Ecke, la galería de arte que me representa en Chile. También con el tiempo ha empezado a suceder que los lugares donde hago exposiciones me pagan un honorario. Pero para sobrevivir me es necesario estar continuamente buscando y agarrando pegos esporádicas en un amplio espectro incluyendo: educación, montaje de exposiciones, edición de video, asistencia a otrxs artistas, performances, diseño floral, traducciones, pintar departamentos, etcétera. Todavía me estoy tratando de acostumbrar a esta nueva situación, y la verdad es que solo puedo hacer esto porque tengo una pareja con quien llevamos a medias este barco. Sola es muy difícil hacer la danza del *freelancer* y siempre estás a un paso de transformarte en *homeless*. Y más allá de mi pareja están mis comunidades. En Nueva York hay una gran fuerza comunitaria, una energía colectiva eléctrica, una interminable oferta cultural de acceso gratuito. Es una ciudad donde su alta densidad y diversidad harán posible que no importa cuán particular sean tus intereses, es posible que encuentres una comunidad afín. Sobrevivir en Nueva York como artista bajo la línea de la pobreza sería bastante más difícil sin el sistema social que aún existe: por ejemplo servicios de salud y sistemas de control de arriendos. Y digo que “aún” existe, a pesar de los constantes intentos por destruirlo, principalmente por parte del Partido Republicano y los demócratas centristas de los últimos treinta

años. La gran diferencia con Chile es que esos sistemas sociales no fueron cortados de cuajo por una dictadura. Aquí ha sido un desmoronamiento lento, vía sucesivas medidas de austeridad y desfinanciación, como lo que recién te contaba sobre NYCHA.

Creo en los derechos humanos. Me parece crucial que en un momento en el que como humanidad experimentamos el horror absoluto a escala planetaria —el holocausto, la segunda guerra mundial y la demostración de que hemos llegado a desarrollar métodos de autodestrucción total (bombas nucleares)— miembros representantes de casi todas las naciones del planeta se reunieron y se redactó la Declaración Universal de Derechos Humanos. Lamentablemente estamos aún muy lejos de llevar esta declaración a la práctica, más que derechos humanos de todxs, aún parecen ser privilegios de pocxs. Por eso me alinee con los movimientos migrantes que van más allá del Estado-nación y demandan dignidad para todxs, las luchas por los derechos civiles, de los afroamericanos, de las feministas, las comunidades gay, de las personas con discapacidades, luchas que han sido necesarias para entender qué es ser humano y no caer en la peligrosa generalización patriarcal y racista que pareciera entender el humano como “hombre blanco heterosexual”. Pero al mismo tiempo, sueño con el día en que nos volvamos a unir todas bajo el concepto de lo humano en este planeta, en su infinita diversidad y en relación al ecosistema, que comprendamos nuestra interdependencia entre especies. Ahora mismo, un gran problema que atravesamos por la necesaria especificidad de las luchas que deben articularse para resistir específicas formas de opresión es que la izquierda está totalmente atomizada, y eso beneficia a la derecha. Es preocupante ver cómo vamos entrando en territorios francamente fascistas, repitiendo lo peor de la historia, una y otra vez.

Soy cantante. Me gusta mucho cantar. Por fin estoy volviendo a cantar, después de cinco años de silencio. Cuando se fue Nutria —la banda de la cual era parte—, empecé a dejar de cantar y empecé a vivir más en el mundo de los sordos, a puro “Canto Visual”...

ahora estoy cantando de nuevo con la voz y me doy cuenta cuánto lo necesitaba. En febrero del 2017, durante mi residencia en El Museo del Barrio y enfrentando el inminente mandato del innombrable, creé un coro trilingüe de resistencia (inglés, español y ASL (American Sign Language)). Entre las personas que participaron estaba el tenor Gregory Corbino, quien me invitó a que me uniera a Reverend Billy & The Stop Shopping Choir (Reverendo Billy & El Coro Para de Comprar). Esa misma semana, y por completa coincidencia fui a ver una obra de teatro y me tocó sentarme al lado de Donald Gallagher, también miembro del coro, y después de ponernos a conversar se despidió diciendo: “Únete a nuestro Stop Shopping Choir”. Interpreté estos hechos como la visita de dos ángeles enviados a buscarme y desde entonces soy parte de este colectivo activista anticonsumo. Nuestra propuesta es un *dé-tournement* de las instituciones religiosas para infiltrar una crítica al sistema capitalista. El Reverendo Billy es un personaje desarrollado por William Talen que comenzó a predicar contra “los demonios del capitalismo” en las veredas de Times Square hace más de veinte años. Su histriónica performance borra los límites entre teatro callejero, comedia, servicio religioso y desobediencia civil. Con el tiempo, se fue formando el coro gospel que acompaña diversas campañas contra una serie de “demonios” (la empresa Monsanto-Bayer, British Petroleum, Starbucks, Chase, etc.) al mismo tiempo que ha elevado a nivel de “santidad” a personas y organizaciones que trabajan arduamente por el bien común, por los derechos humanos y la justicia (Codepink, Annie Sprinkle & Beth Stephens, David Graeber, National Lawyers Guild, son algunos de los santxs canonizadxs por el Reverendo Billy). “*To have a voice we must trespass!*” vocifera el Reverendo “¡Para tener voz, hay que traspasar!”, “¡Debemos poner nuestro cuerpo en la línea y desafiar la autoridad cuando ésta perpetúa la injusticia!”. Nuestro trabajo se nutre de varias tradiciones de acción directa no violenta tales como el movimiento de los derechos civiles de los afroamericanos, el movimiento antiguerra, acción directa ecologista, entre otros.

Ensayamos todos los domingos en el Lower East Side Girls Club, y realizamos conciertos y acciones de manera constante, incluyendo giras internacionales. Me encantaría ir con el coro a Chile, mi sueño es presentarnos en el festival WOMAD que hacen en Recoleta y reunirnos con grupos de activistas locales. El coro tiene varios miembros hispanoparlantes, y estamos empezando a cantar más en castellano. Hace poco traducimos nuestra canción “Amor en el portón” (*Love at the gate*), por el derecho a migrar y la estamos cantando harto en nuestro repertorio actual, notablemente en una acción de desobediencia civil en la cual varios miembros del coro se sentaron en la calle a bloquear el proceso de deportación de Ravi Ragbir, uno de los líderes del movimiento migrante en Nueva York. No se movieron hasta ser arrestados. Yo todavía no me he ido *en cana*, algún día me armaré de valor, motivos hay de sobra. Cada acción se estudia, analiza y planea previamente, y cada persona que participa en desobediencia civil lo hace de manera consciente, voluntaria y con apoyo de abogadxs del coro para enfrentar las consecuencias legales.

El problema de las armas es una cosa demencial en Estados Unidos. Nueva York se salva un poco ya que aquí tenemos leyes de control de armas que son mucho más estrictas que en otros estados. Por ejemplo, aquí no se permiten ferias de armas, tampoco se permiten armas al descubierto en espacios públicos. Pero con los republicanos en el poder es posible que las leyes más laxas de control de armas de otros estados se adopten de manera federal, en todo el país. Es un infierno tan horrible y estúpido que me ha quitado el sueño, pero me parecía imposible hacer algo al respecto. Hasta que un día congelado de enero en que fui al desfile del Día de los Reyes Magos en East Harlem donde vi por primera vez a Gays Against Guns (GAG, “gays contra las armas”) en acción. Me pareció potente encontrarlos en ese contexto, y su intervención fue sobrecogedora. Desde entonces que soy miembro de este grupo de acción directa, que nació en Nueva York en 2016 luego de la masacre en la discoteque Pulse en Orlando, Florida, y

se ha expandido en todo el país con *chapters* (grupos locales) en varias ciudades. Tomando a ACT-UP, AIDS Coalition to Unleash Power (Coalición del SIDA para desatar el poder), como referente e involucrando a varios de sus miembros. GAG ha desarrollado una activa y comprometida membresía, potente voz y alianzas estratégicas que han logrado cambiar la conversación nacional sobre las armas de un asunto de libertades individuales a uno de salud pública. Pero aún no estoy en ningún colectivo específicamente feminista. Yo diría que el Stop Shopping Choir es el grupo más feminista del que soy parte.

Tengo varixs amigxs chilenxs que he ido conociendo acá, la mayoría artistas. Algunxs compañerxs de la FAU emigraron también en la época que yo lo hice. Pilar Ortiz, mi gran amiga y compañera en arquitectura, colega, colaboradora (y ¡coleccionista!) llegó a vivir aquí en el año 99. Tanto ella como Diego Fernández y Christian Torres, decidieron recientemente regresar a Chile. Lxs extraño muchísimo, y su partida ha sido para mí una especie de terremoto emocional. Durante la década del dos mil nos hicimos muy amigos y colaboramos en varios proyectos artísticos y musicales. Otra amiga que conocí aquí es la curadora Camila Marambio, con quién he trabajado en varias ocasiones. Cecilia Vicuña, amiga y mentora, la primera vez que entré en contacto con su trabajo fue apenas llegué a Nueva York en 1998 y fui al lanzamiento de su libro *ÜL: Four Mapuche Poets*<sup>1</sup> en la Americas Society. Desde entonces le seguí la pista y finalmente la pude conocer en 2014 en una charla que hizo en un bote llamado “The Floating Library”. Al día siguiente marchamos juntas en la People’s Climate March y desde entonces hemos colaborado y me ha dado trabajo como asistenta, camarógrafa y editora de video. Podría contarte de tantas mujeres

1 *ÜL: Four Mapuche Poets*, an Anthology. Elicura Chihuailaf, Leonel Lienlaf, Jaime Luis Huenún, Graciela Huinao. Editado por Cecilia Vicuña, traducciones al inglés John Bierhorst, Americas Society, 1998.

extraordinarias que he conocido aquí y que se han transformado en buenas amigas: Catalina Jaramillo, Katiushka Melo, Catalina Schliebener, Yvonne González,

pero ya me siento mal de no nombrarlas a todas. Cuando llegué a Nueva York me junté con gente de diferentes países, pero con el tiempo he ido conociendo a muchxs chilenxs, y me he involucrado en actividades de la diáspora.

Tuvimos una significativa experiencia con varios chilenxs participando en la consulta constitucional el 2016. Fui de oyente a la que organizó un grupo en el Hemispheric Institute of Performance & Politics y con otro grupo de chilenxs conformamos otro encuentro autoconvocado en mi casa. Fue un buen ejercicio plantearse estas preguntas con un grupo diverso, había una persona kawésqar, académicxs, abogadx, arquitectxs, un miembro de un sindicato de trabajadores, artistas, un niño. Creo que fue un modesto y necesario primer paso, pero hay que continuar. No es posible que sigamos viviendo bajo una constitución concebida por la dictadura. Al igual que muchas “consultas ciudadanas” aquí, quedan en nada, siendo utilizadas para distraer y apaciguar a la ciudadanía y dar la falsa impresión de participación. Tenemos que seguir desarrollando nuestros sistemas democráticos, es urgente articular el poder popular, millares de cuerpos en el espacio público autoorganizados para ejercer presión y producir el cambio necesario. No basta con el cambio individual, también hay que promover un cambio colectivo y sistémico. Y más no cántico porque no quiérico. Tengo flojérica en los riñónicos.

\*